

NEW LEFT REVIEW 126

SEGUNDA ÉPOCA

ENERO-FEBRERO 2021

ARTÍCULOS

MIKE DAVIS	Guerra de trincheras	7
DYLAN RILEY	Líneas de fractura	39
JEREMY ADELMAN	¿El fin del paisaje?	57
MICHAEL MAAR	Por sus epítetos los conoceréis	75
TOR KREVER	En el zarzal	83
DAVID HARVEY	Valor en movimiento	105

CRÍTICA

SUSAN WATKINS	La derecha fracturada	126
TOM MERTES	¿El pueblo elige?	134
AGNÈS MAILLOT	Cuestiones irlandesas	143

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

CRÍTICA

Anne Applebaum, *Twilight of Democracy: The Failure of Politics and the Parting of Friends*, Londres, Allen Lane, 2020, 224 pp.

SUSAN WATKINS

LA DERECHA FRACTURADA

Anne Applebaum es una acerba periodista de derecha especializada en anti-comunismo. Publica con intervalos regulares títulos como *Gulag* (2004), *El telón de acero* (2013) o *Hambruna roja* (2018). Su libro más reciente, sin embargo, trata de su propia tribu, la derecha intelectual, y es quizá más interesante. Applebaum, siempre hostil a Trump, se siente horrorizada ante la función que sus amigos de antaño están desempeñando como ideólogos de las nuevas fuerzas de la derecha, que han empezado a llegar al poder durante la última década. Allá por la década de 1990, escribe acerca de su familia conservadora extensa, «parecía que todos pertenecíamos al mismo equipo». Hoy, antiguos aliados políticos cruzan la calle para no dirigirse la palabra. Una profunda línea divisoria atraviesa lo que antes era la derecha, observa Applebaum, en Estados Unidos, pero también en el Reino Unido, Francia, España, Polonia y Hungría. Mientras que algunos conservadores siguen apoyando la idea política de Occidente y sus instituciones internacionales, otros se oponen activamente al orden demoliberal. ¿Cómo explicar esta transformación?

La respuesta de *Twilight of Democracy* deriva en gran medida de la experiencia personal de Applebaum en los círculos intelectuales de derecha en Londres, Washington, Varsovia, Budapest y, recientemente, Madrid. Nacida en 1964, hija de un acaudalado abogado de Washington y una madre artista, fue una ardiente partidaria de Reagan educada en Yale, la London School of Economics y Oxford; posteriormente fue nombrada corresponsal de *The*

Economist en Varsovia a los 24 años. En 1992 se casó con Radek Sikorski, hijo de emigrados polacos de derecha y compañero de Boris Johnson en el Bullingdon Club, y volvió a Londres para trabajar en *The Spectator*. Allí, a las órdenes del «brillante» Dominic Lawson, nos cuenta, el tono de cada reunión editorial era «malicioso», cada conversación de trabajo, divertida, mientras se acuñaban titulares como «Gdanskeando sobre una fina capa de hielo». Enoch Powell era simultáneamente una autoridad venerada y objeto de broma. La admiración por Thatcher era universal. Había fiestas de verano y almuerzos prolongados, champán y ostras en el Savoy con el propietario de *The Spectator* y del *Daily Telegraph*, Conrad Black.

Applebaum se convirtió en miembro honorario de este grupo postatcherista de «conservadores nostálgicos»; nostálgicos no tanto del Imperio, escribe ella, como de un mundo el que Inglaterra imponía las normas. El grupo incluía a Simon Heffer, Roger Scruton y John O'Sullivan, el redactor de discursos de Thatcher, que pronto se convertiría en director de *National Review*, donde contrató a Sikorski como corresponsal itinerante. Mientras tanto, Boris Johnson, corresponsal del *Daily Telegraph* en Bruselas, lanzaba divertidos artículos sobre los excesos reguladores de la UE en los círculos *tories* a fin de disfrutar de la «asombrosa rotura» del cristal del invernadero. De regreso en Polonia a finales de la década de 1990 –Sikorski estaba facilitando las relaciones de la OTAN y lanzando su carrera política–, Applebaum volvió a rodearse de otros pensadores como ella. Los invitados a sus fiestas eran periodistas, diplomáticos, ministros de carteras secundarias, miembros de «lo que los polacos llamaban la derecha»: conservadores y anticomunistas, pero también liberales partidarios del libre mercado, «todos creyentes en una Polonia que formaba parte de la OTAN e iba camino de integrarse en la Unión Europea».

De vuelta a Washington, donde el buen amigo de ambos, David Frum, estaba redactando el discurso de Bush sobre el «eje del mal», Applebaum colaboró con la *Weekly Standard* de William Kristol y con *New Criterion* de Roger Kimball. Sikorski dirigía un curso sobre la alianza transatlántica para antiguos y nuevos miembros de la OTAN en el American Enterprise Institute, en el que Rafael Bardaji, un afable sionista español que, como asesor de seguridad de Aznar, condujo a España a la guerra de Iraq, era uno de los comensales en sus cenas. Mientras tanto, Applebaum profundizaba sus vínculos con intelectuales anticomunistas de la ahora felizmente capitalista Europa oriental. En Budapest, aplaudió el establecimiento de la Casa del Terror, un museo inaugurado poco antes por su amiga Mária Schmidt, cuya primera sala tenía justamente una pantalla de propaganda nazi frente a otra enfrentada de propaganda soviética.

Coloquémonos de un salto en 2020 y esta feliz escena se ha desvanecido. Schmidt se ha *aficionado* a Breitbart News. Propietaria del semanario

ilustrado Figyelő, tacha a las ONG que se oponen a Orbán de mercenarias de Soros y ataca los artículos sobre Hungría publicados por Applebaum en *The Washington Post*, calificándolos de «arrogantes e ignorantes». O'Sullivan está también en Budapest, instalado en el Danube Institute —que defiende ante Applebaum afirmando que es «conservador en cultura, clásicamente liberal en economía y atlantista en política exterior»— y acompaña a Orbán a las conferencias internacionales de la nueva derecha intelectual. De regreso en Londres, Heffer se ha convertido en un ardiente defensor del Brexit, calificando a la UE de potencia extranjera que desautoriza a los tribunales y al gobierno elegido del Reino Unido, mientras da la bienvenida al incremento significativo de la conciencia nacional, que no se había visto desde el estado de ánimo colectivo creado por los bombardeos nazis efectuados a principios de la Segunda Guerra Mundial. En *England: An Elegy*, Scruton ha sucumbido a la desesperación cultural, culpando a la UE de los centros urbanos tapiados y de los eriales de cemento iluminado. *The Spectator*, bajo la dirección de Fraser Nelson, también se ha vuelto blando con Orbán, organizando un evento conjunto con la Fundación Századvég, un *think-tank* de la Fidesz (Unión Cívica Húngara). En Estados Unidos, Kimball está produciendo a mansalva artículos a favor de Trump para *American Greatness*, mientras compara a los representantes demócratas del Congreso durante el proceso de destitución con la turba que se puso de parte de Barrabás. Laura Ingraham, cariñosamente recordada a comienzos de la década de 1990 como una joven reaganita vestida con una minifalda con estampado de leopardo, es la periodista asignada por Fox News para entrevistar al 45º presidente estadounidense. Entretanto el jovial Bardají dirige la publicidad de Vox, el nuevo partido de extrema derecha español, con ayuda de agentes de prensa de Netanyahu, que también le han puesto en contacto con los poco duraderos consejeros de seguridad nacional de Trump, Michael Flynn y H. R. McMaster. Bardají afirma con orgullo ser el autor de un video en el que el líder de Vox, Santiago Abascal, vadea ríos y escala montañas, con una banda sonora de música estridente y el lema «Hacer España grande otra vez».

Para entender este estado de cosas, Applebaum acude a *La trahison des clercs* (1927) [*La traición de los intelectuales*, 2008] de Julien Benda. En 1927 Benda vio a los *clercs* de su tiempo caer presa de las pasiones políticas y traicionar la tarea central del intelectual, que es la búsqueda de la verdad. Aunque no estrictamente comparable con el ascenso del fascismo, el «crepúsculo de la democracia» en el siglo XXI tiene paralelos con él, piensa Applebaum. Similares intelectuales traidores desempeñan una función importante en el debilitamiento de los valores del orden liberal occidental y en el diseño de nuevos sistemas. Al hacerlo, aprovechan la «predisposición autoritaria» de algunas partes de la población incapaces de tolerar la complejidad de la sociedad contemporánea: las conmociones de las crisis

económicas y de las crisis de refugiados, pero también las formas cada vez más fragmentadas y crispadas del discurso político.

En opinión de Applebaum, solo la revolución más reciente acaecida en los medios de comunicación, comparable a la de Gutenberg, puede explicar el ascenso global de las nuevas derechas iconoclastas en países con ciclos económicos y culturas políticas tan distintos: Brasil, Filipinas, Polonia y Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial, los medios de comunicación de las empresas de radiodifusión nacionales y la prensa centrista serían haber creado una «única conversación nacional», un debate común con narrativas compartidas, simbolizado por las conversaciones junto a la chimenea de Frank D. Roosevelt. En el mundo de las comunicaciones por Internet, la autoridad política y moral está fragmentada, mientras que los algoritmos de las redes sociales distorsionan activamente las percepciones del mundo a través del sesgo de la confirmación de las propias y el potenciamiento de aquellas con un contenido más emotivo. En este entorno hiperpartidista es fácil acusar a los servidores del Estado de haber sido «capturados» por los rivales políticos. Los nuevos *clerics* –ideólogos, periodistas, consejeros de prensa– son expertos en desplegar estas herramientas de las redes sociales para acercarse a aquellas personas predisuestas al autoritarismo y en búsqueda de certidumbres en tiempos complejos.

Equipada con este marco conceptual, Applebaum se dispone a investigar casos concretos. Su investigación se ve dificultada por una obvia falta de empatía por parte de sus objetos de estudio, y *Twilight of Democracy* registra una sucesión de llamadas telefónicas y mensajes electrónicos no respondidos. Algunos dan lo que reciben. Tras atacar la arrogancia ignorante de Applebaum, Schmidt embiste contra las actitudes condescendientes de los medios liberales occidentales, que «aleccionan» a los pueblos de Europa central como antes hicieron con las colonias. En su opinión, la política de Merkel sobre los refugiados fue solo un intento de demostrar que esta vez los alemanes eran los buenos y podían dar lecciones sobre humanismo y moral a todos los demás. O'Sullivan le dice a Applebaum en términos bien claros que es ella quien ha cambiado y que ahora forma parte de la elite liberal-burocrática internacional, opuesta a los parlamentos democráticamente elegidos. Señala que, en comparación con Hungría, los medios de comunicación estadounidenses de calidad son también abrumadoramente «unipartidistas», solo que, en este caso, son partidarios del Partido Demócrata.

La propia Applebaum se confiesa un tanto desconcertada por las respuestas de estos *clerics*. Aun cuando la ira anticolonial y el orgulloso nacionalismo húngaro de Schmidt sean genuinos, quizá su verdadero motivo para mantenerse al lado del régimen de Orbán sea material: los fondos para la Casa del Terror y los dos institutos históricos que dirige desde su «espectacular vivienda» en la colina de Buda, un legado de la especulación inmobiliaria de

su difunto esposo desencadenada después de 1989. En cuanto a O'Sullivan, que también disfruta de un envidiable piso en Budapest, Applebaum se queja de que en otro tiempo se enorgullecía de considerarse miembro de la elite internacional trasatlántica, asistiendo a las rutilantes fiestas de Rupert Murdoch y disfrutando de costosas cenas con Conrad Black.

Applebaum pisa un terreno más firme con los *brexiteers* conservadores y nostálgicos. La «democracia», entendida como causa internacional, era menos importante para la gente de *The Spectator* y *The Telegraph* de lo que ella, la *ingenua* reaganita, había imaginado. Lo que realmente les importaba, comprende ahora, era «un mundo en el que Inglaterra es *especial*, quizá incluso superior». Sus viejos amigos siempre habían recelado del mercado único europeo, a pesar de sus manifiestas virtudes en pro de la libertad de comercio; para ellos, era inaceptable que el único país aliado que nunca se había rendido a Hitler tuviera ahora que hacer concesiones en el etiquetado de productos o la reglamentación comercial. Al mismo tiempo, señala Applebaum, estaban extremadamente satisfechos de ser socios menores de Estados Unidos, una verdadera superpotencia, cuya reflejada gloria bañaba al Reino Unido y a sus líderes con una luz halagadora. Los aristócratas *tories* se mostraban despectivos con la política estadounidense, desdeñosos respecto a la cultura popular de Estados Unidos y escépticos respecto a la política exterior ideológica de este país, *à la* Graham Greene. Pero Estados Unidos era grande, fuerte y contaba con una orientación planetaria, constituyendo un socio adecuado para los excepcionales ingleses. Si los estadounidenses eran dados a difundir la democracia, el Reino Unido estaría dispuesto a unirse a ellos, ensalzando una «relación especial» que en Washington no era mucho más que una broma.

En cuanto a Boris, en el transcurso normal de los acontecimientos nunca se habría convertido en primer ministro, dada su historia de pifias, despidos y escándalos. Era narcisista, vago, con un aura de indefensión cuidadosamente estudiada que ocultaba una vena de crueldad, aunque también tenía el don de comprender intuitivamente el estado de ánimo de la multitud y un carisma peculiar para atraer a la gente y hacerla sentirse cómoda, de tal modo que en las ocasiones en las que Applebaum fue a tomar algo con él de manera informal durante sus años como alcalde de Londres, se veían rodeados por los clientes del pub pidiéndole *selfis*. Y tampoco era un ideólogo comprometido, según el modelo de los *clerics* apasionados de Benda. «Nadie serio quiere dejar la UE», le dijo a Applebaum en una cena organizada en Londres en 2014. «Las empresas no quieren, la City no quiere. No se va a producir». Le aseguró a Cameron que «el Brexit será aplastado como un sapo bajo el arado», aunque sin duda calculando que si lo respaldaba se convertiría en héroe de las bases conservadoras.

Applebaum afirma que no le sorprendió el resultado del referéndum sobre el Brexit y que había predicho la proporción 52:48 unas pocas noches antes de su celebración en una cena ofrecida por un importante defensor de la permanencia. Los conservadores, sin embargo, no estaban en absoluto preparados para pensar siquiera en salir de la UE, pero gracias, en opinión de Applebaum, a los «imperdonables errores» de Theresa May, la situación empeoró hasta un punto en el que los conservadores necesitaron desesperadamente un líder capaz de contar cuentos, hacerles reír y recuperar el sentimiento de superioridad inglesa. Johnson en sí no era un revolucionario, por supuesto, sino un miembro de la vieja elite, pero el nuevo mundo político creado por el abandono de la UE exigía iniciativas insólitas. Applebaum despotrica que, mientras que se suponía que la democracia era la principal razón detrás del Brexit, los conservadores nostálgicos han lanzado ahora un ataque inaudito contra las instituciones británicas. En su calidad de asesor principal de Johnson, Dominic Cummings, con sus siniestras sudaderas con capucha y sus gafas oscuras, insinuó que era necesario fijarse en aspectos más amplios de la constitución («como en Polonia») y reordenar la financiación de la BBC («como en Hungría»), contemplando al mismo tiempo una purga trumpiana del funcionariado.

En este punto, *Twilight of Democracy* retrocede para considerar el contexto histórico más amplio de la situación. La caída del thatcherismo había coincidido con el fin de la Guerra Fría, «un punto de inflexión más crucial para el Reino Unido –para Europa, podría haber observado– de lo que entendimos en su momento». La batalla contra la Unión Soviética había ofrecido a los conservadores británicos la oportunidad de participar en una cruzada moral como aliados de Estados Unidos, pero la victoria, combinada con la salida de Thatcher, produjo el correspondiente vacío. La respuesta de la derecha estadounidense a la caída del muro de Berlín fue menos nostálgica, más optimista, que la británica. A comienzos de la década de 1990, los amigos reaganitas de Applebaum estaban animados en su creencia de que «la revolución continuaría», unidos en su ambición de compartir la gran democracia de Estados Unidos con el mundo. Pero en retrospectiva se observa que, cuando la Unión Soviética se desplomó, los lazos que habían unido a los anticomunistas estadounidenses –«desde los Demócratas centristas hasta los márgenes exteriores del Partido Republicano»– también se rompieron.

Los movimientos tectónicos necesitaron, sin embargo, tiempo para manifestarse y su alcance y escala no fueron inmediatamente obvios. Durante un tiempo pareció que la Guerra contra el Terrorismo podría forjar una verdadera coalición entre aquellos dispuestos a luchar contra Saddam. Junto a Estados Unidos, Aznar en España, Blair en el Reino Unido, Rasmussen en Dinamarca y Kwaśniewski en Polonia parecían constituir «una fuerte cohorte atlantista», aunque la invasión de Iraq careciese de la unidad de

propósito de la que había disfrutado la Guerra Fría. Pero en 2016, con la elección de Trump, esa animada banda de jóvenes conservadores de la década de 1990 se había escindido en dos. Para Applebaum, siempre que se avencinan problemas, anda cerca la sombra de Lenin. Logró por sí solo dotar de existencia al sistema de un solo partido y es el modelo primordial de la falta de fe en las grandes instituciones legadas por los Padres Fundadores estadounidenses. Los *clerics* de Trump casaron, imperdonablemente, el escepticismo leninista acerca de la democracia burguesa con el horror de la derecha cristiana a la depravación moral, las drogas y la delincuencia. Este es el aspecto del ocaso. Pero Applebaum espera, por supuesto, que la rueda de la historia vuelva a girar.

La inconsistencia de esta interpretación apenas necesita subrayarse. Incluso en sus propios términos, *Twilight of Democracy* no logra aclarar los motivos de los *clerics* de la nueva derecha, más allá de la pura venalidad y la búsqueda de emociones, en cuyo caso habría sido sin duda posible comprarlos. Y el término «democracia» tampoco significa aquí una responsabilidad efectiva ni un reflejo preciso de las disposiciones populares, sino meramente respeto por las instituciones de representación existentes por rígidas, arcaicas o corruptas que sean. Como Gavin Rae señalaba en la *NRL* 124, los procesos por los que las potencias occidentales instalaron las estructuras para la acumulación de capital en los países poscomunistas fueron cualquier cosa menos democráticos: en Polonia, Balcerowicz forzó la aprobación en 1989 del paquete legislativo de privatización de las empresas públicas y de recorte de los subsidios, después de que la dictadura militar aplastara el movimiento sindical y dos años antes de las primeras elecciones parlamentarias, sin que Applebaum y sus amigos presentaran objeción alguna ante ello. Rae observa también que Sikorski planteó una opinión más mundana acerca de la alianza transatlántica, grabada en un caro restaurante de Varsovia, que hizo que lo cesaran como ministro de Asuntos Exteriores de Polonia en 2014, hecho que formaba parte de una cadena de escándalos de corrupción protagonizados por la Plataforma Cívica que ayudó más a catapultar al PiS al poder que los *clerics* intrigantes. En *Twilight of Democracy* no se examina en ningún momento el historial real del «orden internacional liberal»; se oculta apresuradamente, por el contrario, tras el pseudoconcepto de las «predisposiciones autoritarias» de las masas incultas.

Dada su frenética agenda social y sus apremiantes fechas de entrega para *Atlantic* y *The Washington Post*, nadie podría esperar que Applebaum leyera con atención cada punto y cada coma de su texto escrito *à la* Benda, pero, de hecho, parece haber pasado por alto el objetivo principal del libro. El término *clerc* no era un insulto para Benda, como ella parece imaginar. Con sus ecos de devoción monástica, por el contrario, *clerc* aludía a la más elevada de las vocaciones. Tradicionalmente, como los intelectuales medievales, los *clerics*

se ocupaban de la pura especulación metafísica o bien de la contemplación artística, persiguiendo «fines inmateriales» en contraste con el materialismo prosaico de las masas. La «traición» de esta misión por parte de los intelectuales del siglo xx hizo que prefiriesen sumergirse en las realidades materiales —con el objetivo de hacer del mundo un lugar mejor—, abrazando pasiones políticas. De acuerdo con *La traición de los intelectuales*, los rasgos que definen una pasión política son «la idea fija y la necesidad de ponerla en práctica». En otras palabras, anticomunistas y reaganitas de la edad dorada estaban ya traicionando su vocación de intelectuales, de acuerdo con los términos planteados por Benda, al participar en la cruzada moral de la Guerra Fría. La poderosa pasión política del «sentimiento nacional», sostenía él, se expresa primero y ante todo en «el ejercicio del orgullo»: orgullo de la gran democracia estadounidense, por ejemplo, y ambición de compartirla con el mundo.

Con independencia de lo que cada uno pueda pensar acerca del feroz quietismo propugnado por Benda, en el caso de Applebaum está claro que la pasión política ha obstaculizado de hecho la «búsqueda de la verdad». Está demasiado enfadada para ser capaz de albergar la simpatía imaginativa necesaria conducente a entender una posición distinta de la suya, o quizá se deje guiar en exceso por su *idée fixe*. No obstante, su libro tiene algo que ofrecer, si se lee sintomáticamente. Sin duda O'Sullivan tiene razón. Es Applebaum quien ha cambiado de posición, uniéndose a la corriente «liberal-burocrática» internacional y abandonando la derecha imbuida por el espíritu de cruzada. Y no es la única. Tal vez resulte que el rasgo más significativo del periodo reciente no sea el ascenso de las nuevas derechas radicales, por espectaculares que estas puedan ser, sino en último término el fortalecimiento entre la elite del bloque liberal convencional. En la década de 1990, este fortalecimiento se apuntaló mediante la absorción de las fuerzas socialdemócratas situadas a su izquierda. El resultado inesperado de la «oleada populista» quizá sea el de fortalecerlo ahora desde la derecha, atrayendo a dos, tres, muchas Applebaums y Frums. Sin embargo, el fortalecimiento de este bloque liberal convencional entre la elite sigue dejando sin resolver el problema del apoyo electoral masivo. Aquí es donde entran las cuestiones de la democracia.